

COLECCION MUNDIAL

TITULOS PUBLICADOS

VICTOR HUGO

- El último día de un sentenciado a muerte.  
Bug-Jargal. (La insurrección de los negros).  
Mis pensamientos y mis ideas.  
El rey. El papa.  
Las páginas más revolucionarias de Victor Hugo.  
El noventa y tres. (Tomo I).  
El noventa y tres. (Tomo II).

¿QUIEN SOY YO?...

(Autobiografía).

Soy un hombre que cuando se dice ¡mata! titubea para decir ¡acogota!

Cuando la arrebatada muchedumbre sigue el torrente, yo me permito opinar distintamente; la pena del tallón me desagrada, y mi extraño humor prefiere el ángel al tigre; y John Brown a Pizarro. Censuro sin pudor las matanzas en grande escala, no bebo sangre; el orden, el Estado flagrante, exterminando, atollando, bramando, tratando de morder, me parece, como soñador que soy muy semejante al desorden. Odio la lid de ferocidad; tengo la mala costumbre de arrojar en la misma cisterna al buscón que anda sin zapatos, o al que va en carretela, sea príncipe o granuja; mi desprecio es igual para la ruindad a quien se tutea o para la que se titula alteza; y si es preciso elegir, creo que todavía preferiré el crimen cubierto de fango, al que se muestra lleno de bordados. Excuso al ignorante, no teniendo reparo en decir, que la miseria explica un acceso de delirio, que no hay que empujar los hombres a la desesperación, que si algún dictador comete una ruin maldad, el hombre del pueblo es tan responsable de ello, como puede serlo de una ráfaga de viento, el grano de arena. Arrebatada y empujada esta por el aquilón, forma parte de horrible simoun; parece viva, ardé y mata, convirtiéndose en átomo de abismo;

obra la catástrofe, y el viento, el crimen; el viento es el déspota.

Cuando oigo gritar ¡matad! ¡herid! ¡dad de sablazos! llego a pensar que una muerte al acaso es una injusticia. Retrocedo ante una quejumbrosa fosa; allí están, no lo ignoro, amontonados, varones y hembras y también los pequeñuelos; culpables, ignorantes, inocentes, yacen en confusión; alrededor del negro osario mi alma bate sus alas. Si el estartor de los niños me llama desde ese agujero, quisiera arrancar el frío cerrojo de la muerte; mi alma se conmueve al oír aquellas subterráneas voces. No me agrada que bajo mis piés se mueva algo, y aun no me he acostumbrado andar por encima de los lamentos de un hombre muerto a medias.

¡Hé aquí porqué, vencido, imbécil, proscrito, ofrezco un abrigo a los vencidos, un asilo a los proscritos y a todo el mundo. ¡Sí, a todo el mundo! Mi singularidad llega al punto de ver caer a las gentes sin mostrarles los puños; pertenezco al peligroso partido que perdona, y mañana abriré las puertas de mi casa a los vencedores de ayer si son vencidos. Profeso afecto a Cicerón y a Graco; para tener mi indulgencia y ablandarme, basta con que vea en la oscuridad una mano suplicante; débil, me atrevo arrojar el guante a los fuertes. Grito ¡apiadáos! Así, pues, soy un bandido.

Soy un malvado. Cuando todos están locos, es una traición invocar la razón. Soy un malhechor. ¿Hay qué probárselo? ¡Cómo! ¿si viese un cordero en los dientes del lobo había de arrebatarle? Creo en el derecho de asilo, en el pueblo, y en clero se espanta y tiembla el Senado. ¡Horror! ¡cómo se entiende! ¡profesar por ley no degollar a nadie! ¡Ser un hombre que aborrece la venganza! ¡Ese mendigo no alberga en su pecho la cólera ni el odio! Sí, lo confieso, la acusación es verdadera. Quisiera no separar más que la cizaña del grano bueno, prefiero la claridad al rayo celeste; en mi concepto, la llaga no puede curar bien, si para ello se emplea la hiel. Todos se empeñan en destruir, yo prefiero que se edifique. Trato de comprender para perdonar. Me desagrada

una descarga para resolver un problema. ¿De qué sirve fusilar un muchacho macilento? Quisiera que fuese admitido en la escuela y que viviera.

Un día ví correr la sangre por todos lados; las sombras velaban inmensa carnicería y se iba matando. ¿Por qué? sólo por matar. Al ver esto creí necesario que alguien levantara la voz y hablé. Dije que en días de turbación redobla la oscuridad, gracias a la negrura de todo el mundo; afirmé que conviene pensarlo un tanto antes de apuntar y dar la voz de ¡fuego! pues es justo y prudente, perdonar a los locos y hasta a los temerarios, mostrando a los vencidos que somos sus hermanos. Hay que entenderse, unirse; recuerdo que an Dios nos ve, que el porvenir, sombrío cuando nos odiamos, se ilumina si nos amamos, y que crece el infortunio para el que le siembra.

Y pensativo me opuse a la carnicería. Triste, no aprobando la grandeza del sudario, estimando que la pena sólo al culpable corresponde, pensando que no requiere arrear el crimen de unos cuantos, sobre todos, y castigar por medio del abismo a un pueblo, a un mundo, al azotado acaso, dije: ¡Haced justicia, sí, pero compadeceos! Entonces fui objeto del odio público. La Iglesia lanzó contra mí su anatema, me expulsaron los reyes; los transeuntes me apedrearon; el que tenía a mano un poco de fango me lo tiró al rostro, aullaron en mis talones los lobos y los perros, la muchedumbre me ha silbado cual tirano en decadencia, en la calle se me amenazó con los puños, y más de un antiguo amigo tuvo que apartarse de mí, despavorido, al encontrarme. Los sonrientes matadores y los feroces vividores, aquellos que detrás de sus carretelas llevan un chirrión, los danzantes de otro tiempo, actuales degolladores, los que beben champagne y sangre a la vez, aquellos que son elegantes y también huraños, los Haynau, los Tavanne, provistos de negras moscas en sus bastones conocidas del osario, los improvisadores de descargas; el juez Lynch, el rey Bomba, Mingrat el sacerdote, me gritaron: ¡Asesino! y Judas me dijo: ¡Traidor!

¡Mantenerse fraternal es ser quimérico! Soñar libre la Europa así como la América, reclamar la equidad, el examen de la razón, equivale a adoptar por albergue las nubes y el viento. Ver un triunfo vasto y rudo, no participar de él, impedir que sea peor y tratar de que no cobre pié; no abrumar a los desgraciados, ofrecer el hombre al hombre, y un asilo a los que van a morir, no tomar por blanco al débil y al ciego, perdonar; esto es querer morar en la mansión de lo imposible. Decir que se debe la ley justa, el derecho común hasta a los salteadores, a los bandidos, es proclamarse solteador, bandido uno mismo. ¡No importa! hay que luchar. Llegó la hora sombría. Viejo y veterano ya, llegarás a ser renegado. Los más clementes se apiadarán de tu cerebro; serás el maldito a quien se escarnece y se hiere. Te verás insultado, silbado, ojeado, presa de los calumniadores dispuestos siempre al crimen, quienes te apedrearán y proscibirán. Perfectamente, y ¿luego?

Se festeja mi demencia con una serenata. ¡Muera! Hé aquí el estribillo de la suave romanza: — ¡Ese hombre se atreve a defender a un enemigo fugitivo! ¡Qué audacia! ¡nos supone honrados! ¡Nos desafía! — Los amos están rabiosos y los criados babeán. Trailla de sacristanes, trailla de aguiluchos. El furioso incensario rompe los vidrios de mi ventana; sobre mí cae el agua bendita en granizada de piedras de todos los hisopos y de todas las plegarias; se me exorciza, al par que quieren asesinar-me. En una palabra, soy expulsado por gracia del Altísimo.

No poseo en la ciudad un palacio episcopal, no tengo prebenda ni lista civil, ningún templo ofrece un trono a mi humildad; no brilla a mi lado ningún suizo en traje de coronel, no me presento bajo palio a los ojos de los deslumbradores soles; aborrezco los blasones y las flores de lis; cuando voy al templo a ver a Dios no pregunto si la pintura es obra de Van-Dyck; no tengo mayordomo, ni pertiguero, ni síndico, ni diácono, ni vicario; tampoco guardo ningún santo en relicario ni milagro embotellado y lacrado; mis ropas no están cubiertas de diamantes, fui recibo un salario para orar; en la Corte

no hago buen papel, ni me admira ninguna viuda de calidad, cuando hago la colecta con un plato redondo frente la mitra de oro; no doy mi mano a besar a las buenas mujeres; venero el cielo, pero sin venderlo a las almas; no llevo el título de monseñor; me complazco en el campo, y no visto medias de color violeta; mis faltas son sinceras; la hipocresía y yo somos adversarios declarados; creo lo que digo, y hago lo que creo; junto al aherrrojado Sócrates coloco a Jesús crucificado; cuando un hombre se ve ojeado, cual animal montaraz, si puedo, lo salvo, más que sea mi enemigo; desprecio a Basilio y profeso desdén por Scapin; al niño pobre le doy parte de mi pan; he luchado por lo verdadero, por lo bueno, por lo honroso, sufriendo un destierro de veinte años en medio de la tempestad, y mañana volveré a empezar, si Dios lo quiere así. Dice mi conciencia: ¡Marcha! Nada me subleva, obedezco y parto a pesar de los contrarios vientos, cumpliendo mi deber. Por esto, hermanos, según el periódico del obispo de Gante, a no estar loco, sería yo un bandido.

Soy un malhechor y un tonto, no lo niego. Ayer se me aclamaba, hoy se me insulta; fui levantado al pináculo para poderme derribar después.

He defendido al pueblo y combatido al sacerdote. ¿Verdad que es bello el abismo y que nos place ser maldecidos con Barbes, con Garibaldi y me preferís lapidado que aplaudido?

No me siento encolerizado y esto os sorprende. Vuestro trueno tóse y creéis que está tronando; bramadores, sofocáis sobre mi, vuestro aquilón. Vuestro pequeño relámpago me produce el efecto de un mordisco, y apenas si le hago caso; en mí presentís algo que os perdona, lo cual os choca.

¡Cómo! aliarse contra un hombre, tratar de asaltarle, y ni siquiera obtener el honor de un par de coces! ¡ni recibir una bofetada! hay de qué amostazarse. El proscrito cae a veces, mas nunca descende; deja que rechine a su alrededor su odio infame.

Aquellos que son azotados, heridos, aniquilados me

atraen. me siento su hermano, defiando, una vez caídos, a los mismos que combatí cuando se hallaban triunfantes, quiero (pues las sombras que envuelven a los demás a mí me iluminan) olvidar su injuria, su cólera y los odiosos nombres que me prodigan. Al verlos desgraciados dejan de ser enemigos míos. Empero, sobre todo, defiando al pueblo que aguarda su salario, al pueblo que a veces se hace impopular, familia triste de hembres, mujeres, niños, derecho, porvenir, trabajos, dolores. Defiando al extraviado, al débil, y a esa muchedumbre que no habiendo tenido jamás punto de apoyo, se derrumba y cae alocada en el fondo de los negros sucesos. Estos son los ignorantes y los inclementes. He resuelto pedir para todos pan y luz. Para ayudar al pueblo en la solución de un problema, yo me inclino hacia él. En primer término le quiero, lo demás viene después.

Soy republicano y no tengo más rey que mi voluntad, no es dado poner a votación este derecho supremo.

No pienso que los reyes vivan tranquilos; en este mundo sólo una cosa alegre; sus cuidados. Con toda suerte de crímenes, labran un edificio infame en lo alto de los montes sublimes. Un palacio enorme, deslumbrante, oscuro, de donde sale el relámpago, sin que en él penetre luz alguna, es un templo, caso de no ser un antro.

Servidos por lo perjudicial, han emprendido la obra del retroceso del mundo hacia las tinieblas; todos los días procuran un progreso a la sombra, bajo el cielo cada vez más sombrío, pueden presentarnos tales éxitos dignos de envidia, que les es dado chancearse de todas las trágicas jornadas de las que brotaron los grandes destinos. Viven, son buenos amigos, sin pensar en economizar nuestro oro, han llegado al extremo de pasarse los hombres, regalándose mutuamente un pueblo después de cenar. Sus caprichos, son nuestras leyes, nuestros derechos y nuestras reglas, la tierra no ha contemplado todavía bajo el azulado cielo, nada comparable a su hartura.

El destino prodiga a manos llenas las civilidades en su provecho; los sacerdotes hacen caer de hinojos al Altísi-

mo, estupefacto ante sus majestades y altezas; nunca cosa alguna ha parecido tan eterna como ellos; y al presente no existe más omnipotencia que la suya. Pero todo esto se bambolea y su triste gloria, adivina la honda negativa del porvenir.

Mi fe es sencilla y la proclamo en alta voz. Me agrada la franca claridad.

Si se trata de un hombre bondadoso de poblada barba blanca, de una especie de Papa o de emperador, sentado sobre un trono que en el lenguaje teatral se llama bastidor, rodeado de nubes, con un pájaro sobre su cabeza, y a su izquierda un profeta, sosteniendo en brazos a su pálido hijo desgarrado por los clavos, uno y trino, escuchando los armoniosos sonidos del arpa, Dios celoso, Dios vengativo que inscribe en un registro a Garasse, que anota el abate Pluche en la Sorbona y aprueba a Nanotte; si se trata de ese Dios que valida a Trublef, Moisés, consagrando a todos los regios bandidos en sus madrigueras, castigando a los hijos por las faltas de los padres, deteniendo el sol al anochecer, a riesgo de que se rompa instantáneamente el gran resorto, Dios mal geógrafo y no mejor astrónomo, inmensa y pequeña falsificación del hombre encolerizado y haciendo morisquetas al género humano, empuñando un sable a semejanza del padre Dudiene, Dios que de buena gana condena y raras veces perdona, que sobre una injusticia, consulta la imagen de la virgen, Dios que en su azulado cielo cree deber imitar nuestros defectos y se complace en medio de las plagas, así cómo los mortales nos complacemos al vernos rodeados por querida jauría, que turba el orden, lanza sobre nosotros a Nemrod y a Cyrus, que hace que nos muerda Cambises, y nos arroja entre piernas a Atliá, sí, soy ateo para ese buen Dios.

Si se trata del sér absoluto que condensa el ideal en toda su evidencia, por el cual manifestando la unidad de la ley, puede el universo, así como el hombre, decir, yo; del sér cuya alma siento en el fondo de la mía, del sér de lo verdadero y ataca lo falso, entre los instintos cuyo oleaje nos sumerge a medias; si se trata del testigo que

unas veces acaricia mi oscuro pensamiento y otras lo punza, según que en mí, remontándome al bien, o cayendo en el mal, siento engrandecerse el espíritu, o crecer el instinto animal; si se trata del prodigio inminente que se siente vivir más de lo que nosotros vivimos, y conque se embriaga nuestra alma cada vez que se muestra sublime, yendo donde voló Sócrates, donde Jesús llegó por lo justo, lo verdadero, lo bello, directamente al martirio cada vez que un gran deber lo atrae hacia el antro, cada vez que se encuentra envuelto en gigantesca tempestad, cada vez que tiene la angusta ambición de ir, através de la infame sombra que abomina y del otro lado de la noche, en busca de la aurora, si se trata de ese alguien profundo, que las religiones no hacen ni deshacen, que adivinamos bueno y presentimos sabio, que carece de contornos así como de rostro, pero no de hijos, ya que su paternidad y su amor son más vastos que la luz estival: si se trata de ese vasto desconocido que no se nombra, ni explica o comenta ningún Deuteronomio; que los Calmets tampoco pueden leer en ningún Esdras, que el niño en su cuna y los muertos en su mortaja, divisan vagamente desde abajo como una cima; Altísimo no comible en ningún pan ázimo, que no se enfada porque se profesen mútuo amor dos corazones, que ve la naturaleza donde la religión ve un pecado; si se trata de ese todo vertiginoso de los seres que habla por la voz de los elementos, sin sacerdotes, sin biblias, ni carnal, ni oficial, que tiene el abismo por libro, el cielo por templo, Ley, Vida, Alma, invisible a fuerza de ser enorme, impalpable, hasta el punto que fuera del soplo de las cosas que divuelve aéreo soplo, se dislumbra en todo sin prestar asidero; si se trata del Supremo inmutable solsticio de la razón, del derecho, del bien; de la justicia en equilibrio con el infinito, ahora, anteriormente, hoy, mañana, siempre, dando su duración a los soles y la paciencia necesaria a los corazones, que, caridad fuera de nosotros, en nosotros mismos es conciencia; si de ese Dios se trata, del que ha lucido siempre en la aurora y en el sepulcro; siendo lo que empieza y

lo que vuelve a empezar; si se trata del principio eterno, sencillo, inmenso, que piensa puesto que es, que todos es lugar y que, a falta de otro nombre más grande, llamo Dios, en tal caso todo cambia, en tal caso nuestros espíritus se vuelven, el de la religión que me llama, ateo, hacia la noche, sima y cenagal donde moran las risas, puerilidades, visión siniestra, y el mío, hacia el día, santa afirmación, himno, deslumbramiento, de mi alma arrobada, en tal caso, ministros del Señor que me llamáis ateo, yo soy el creyente, vosotros los ateos.

Nunca iré a recoger mi lógica en los impuros labios de los jesuitas.

Mi conciencia es Dios a quién tengo por huésped. Mediante un círculo falso o con un mal compás, puedo colocarle fuera del cielo, más no lejos de mí. Es mi gobernalle en medio de la espuma donde bogo. En el fondo de mi espíritu somos dos; él, y yo, él es mi única esperanza y mi único temor. Si por casualidad sueño en una falta que me agrada se levanta en mi mismo profundo murmullo y pregunto:—¿Quién está ahí?—¿acaso se me dirige la palabra?—¿Por qué?—Y mi estremecida alma me contesta. Es el Altísimo: ¡cállate!

Si aconteciere que este Dios me engañara y que me hiciese abrigar la esperanza como un cebo para atraerme hacia el lazo y apresarme, humilde átomo, entre el presente sueño y el porvenir, fantasma; si no tuviese más objeto que el escarnio; si yo, ojo sencillo, y él, falsa visión, me embaucaba con algún execrable espejismo; si ofreciese la brújula y producía el naufragio; si por mi conciencia, torcía mi razón, yo que no soy más que un poco de sombra en el horizonte; yo, la nada, me trazaría en su sombrío acusador, tomaría por castigo los innumerables firmamentos, teniendo lo infinito contra Dios, y creo que todos los astros se pondrían de mi parte, invocarían el testimonio de los astros contra ese malhechor, echando sobre sí nuestros males; dispondría de las aguas todas del Océano para lavarme las manos, y serviría a mis errores después de servirme de guía en mi carrera.

He llenado mi deber y sufro dichoso, pues la justicia está de mi parte a pesar de no ser más que un grano de arena.

Cuando se hace todo lo que se puede, se echa toda la responsabilidad sobre el Altísimo, yo sigo mi camino seguro de que nadie miente y de la honradez del firmamento. Y digo a todo del que ama y piensa ¡aguarda! Y afirmo que el sér desconocido que sin parar mientes prodiga los esplendores, las flores, los universos, los astros, las estaciones, los vientos, cual si vaciara sacos siempre abiertos, y que hace que las nubes vayan a estrellarse contra los montes, y que los mares roan el dique, y que brillen el azur, el relámpago, la luz del día y del firmamento, que aquel que exparce un raudal de luz, de vida y de amor en el espacio, aquel que no muere, ni pasa, que hizo el mundo, libro donde el sacerdote ha leído mal, que dió la belleza para la forma absoluta, real a pesar de la fábula, el eterno, el infinito, Dios en fin, no es insolvente.

Mi viejo y pensativo corazón nunca palpita con más fuerza que ante las lágrimas de los hombres, y siempre vibrará para las madres que lleven en brazos a los hijos de sus entrañas.

Los muertos están representados de un modo encantador en la cuna tan cercana al ataúd, y mientras, arrodillado, derramo abundantes lágrimas, en mi umbral cantan dos criaturas.

Jorge, Juana, ¡cantad! ¡ignorad! Reflejad a vuestro padre, sombreados por su indistinta sombra y dorados por su faz vaga.

¿Qué se sabría si se ignoraba que la muerte vive? En medio de ese espanto, sonríe un paraíso, en el que el ángel se junta a la estrella.

Ese paraíso terrestre es el niño. ¡Huérfanos, os queda Dios! Dios, que defiende vuestro celestial resplandor contra la nube donde sufro.

Apareced contentos mientras yo estoy abrumado. A cada uno su parte. Niños, he vivido casi un siglo, y a esta edad, el hombre se ve turbado por las sombras:

¿Se está seguro de haber obrado, siquiera a medias, el bien que podíamos hacer?

¿Hemos puesto un valladar a nuestro odio y hemos sido hermanos de nuestros enemigos?—Por mi parte puedo decir, que si a veces triunfó mi corazón, fué en medio de mis derrotas.

Al verme vencido me sentía engrandecer. El dolor nos tranquiliza; no nuestro atrevimiento para hacer derramar sangre a los otros, prefiero verme herido yo mismo.

Mi cumbre es un blanco. Cuántas más ramas tengo a misma naturaleza.

más terrible es la sombra que me envuelve.

De ahí mi desconsuelo, mientras que vosotros mostráis grandemente satisfechos. Sois el descogimiento de la florida alma confundida con los deslumbramientos de

Jorge es el arbusto descogido en mi lúgubre campo; Juanita oculta en su corola, un espíritu que se estremece al ruido que nosotros producimos y quiere tomar la palabra.

Dejad ¡oh niños, que aguardáis la hora del infortunio, humildes plantas encarnadas! tartamudear vuestros instintos. murmurio en las flores, zumbido de abejas.

Un día sabréis que todo se eclipsa y que brama el rayo, desde el instante que se quiere aliviar al pueblo, inmenso atals, sombrío cargador del mundo.

Sabréis que estando oculta la suerte bajo el acaso, el hombre, augusto ignorante, debe vivir de modo que más tarde se ajuste la verdad a su ensueño.

Algún día yo mismo, después de muerto, conoceré mi destino que ahora ignoro, y me inclinaré hacia vosotros, completamente penetrado del misterio de la aurora.

Sabré el secreto del destino, del sudario arrojado sobre vuestra infancia.

Comprenderé porqué, mientras vosotros tanteábais, mis funebres ramas se veían envueltas en tan sombrías tinieblas, yo que me compadezco de todos los males.

Sabré porqué me envuelve la implacable sombra, porqué

hay tantas hecatombes, porqué me veo rodeado del invierno infinito, porqué crezco sobre los sepulcros.

Porque tantos combates, lágrimas y pesares y tantas cosas tristes; porqué quiso Dios que yo fuera ciprés cuando vosotros sois rosas.

Victor Hugo

(Autógrafo del gran poeta)

MEMORIAS DE UN REBELDE

1830

AGOSTO.—Pasado el mes de julio de 1830 necesitamos la cosa *República* con la palabra Monarquía.

Apreciando las cosas solo el bajo el punto de vista político, la revolución de julio nos ha hecho pasar bruscamente del constitucionalismo al republicanism. De aquí en adelante en Francia ya no sirve la máquina inglesa, los mismos Whiggs se sentarían a la derecha del Congreso. También la oposición ha mudado de terreno como todo lo demás. Antes de la revolución de julio estaba en Inglaterra, ahora está en América.

No están las sociedades bien gobernadas en hecho y en derecho sino cuando esas dos fuerzas, la inteligencia y el poder, van de consuno. Si la inteligencia no ilumina todavía más que una cabeza en la cumbre del cuerpo social, reine enhorabuena esta cabeza; las teocracias tienen su lógica y su hermosura. Desde que son muchas las que tienen luz, bien está que muchas gobiernen; entonces son legítimas las aristocracias. Pero, cuando por fin de todas partes ha desaparecido la sombra, cuando en todas las cabezas de la luz, que reinen todas. Si el pueblo está en sazón para la república, es muy legítimo que la tenga.